

¡GUERRA! ¡GUERRA! ¡GUERRA!

Volumen 1 – Sermón No. 250

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 1 DE MAYO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Pelee las batallas de Jehová”
Isaías 2:2 y Miqueas 4:1***

Nosotros no tomaremos estas palabras en su aplicación literal, como si vinieran de los labios de Saúl, cuando le dio a David su hija mayor, Merab, por esposa; pero acomodaremos el pasaje y lo usaremos como una exhortación dada a la iglesia de Cristo y a cada soldado de Jesús: “Pelea las batallas del Señor”. Si esta exhortación no se encuentra en las mismas palabras, saliendo de los labios de Jesús, sin embargo, todo el tenor de la Palabra de Dios tiene el mismo efecto: “Pelea las batallas del Señor”.

En la crisis actual, las mentes de los hombres están extremadamente agitadas con la terrible perspectiva de una terrible lucha. No sabemos a qué puede llegar este asunto. Los signos de los tiempos son oscuros y terribles. Tememos que las copas de la ira de Dios estén a punto de ser derramadas y que la tierra se inunde de sangre. Mientras quede una esperanza, oremos por la paz, no, incluso en tiempos de guerra busquemos el trono de Dios, clamando que Él “nos envíe paz en nuestros días”.

La guerra será vista por diferentes personas con diferentes sentimientos. El italiano considerará durante toda la polémica, su propio país. El sardo buscará continuamente el progreso o la derrota de su propia nación, mientras que el alemán, teniendo simpatía por su propia raza, estará continuamente ansioso por comprender el estado de las cosas. Hay un poder, sin embargo, que no está representado en el congreso y que parece callar porque los oídos de los hombres están sordos a todo lo que tiene que decir. A ese poder serán entregadas todas nuestras simpatías y nuestro corazón lo seguirá con interés. Y durante toda la guerra, la única pregunta que haremos será: “¿Cómo prosperará ese reino?” Todos ustedes saben a qué reino me refiero: es el reino de Jesucristo en la tierra. Ese pequeño que aún en este tiempo está creciendo y que ha de llegar a ser mil; que es desmenuzar todas las monarquías de la tierra y sentarse sobre sus ruinas, proclamando la libertad y la paz universales bajo el estandarte de Jesucristo.

Estoy seguro de que pensaremos mucho más en los intereses de la religión que en cualquier otra cosa y nuestra oración será: "¡Oh Señor, haz lo que quieras con los cántaros de barro de las monarquías de los hombres, pero deja que venga tu reino y que se haga tu voluntad en la tierra, así como en el cielo!"

Sin embargo, mientras observamos ansiosamente el concurso, será mejor que nos mezclemos en él nosotros mismos. No es que esta nación de Inglaterra deba tocarlo, ¡Dios no lo quiera! Si los tiranos pelean, que peleen. Que los hombres libres se mantengan al margen. ¿Por qué Inglaterra debería tener algo que ver con todas las batallas que se avecinan? Así como Dios nos ha separado de Europa por un mar embravecido, así seamos apartados de todos los disturbios y tumultos en los que pueden caer los tiranos y sus esclavos. Hablo ahora, de manera espiritual, a la iglesia de Cristo. Digo: "Mezclémonos en la refriega; tengamos algo que hacer. No podemos ser neutrales, nunca lo hemos sido, nuestro anfitrión siempre está en hostilidad hacia el pecado y Satanás. Mi voz todavía es para la guerra". El senado de la iglesia de Cristo nunca puede hablar de paz, porque así está escrito: "El Señor tendrá guerra contra Amalec de generación en generación".

Esto nos llevará al texto; y aquí consideraré, en primer lugar, las batallas del Señor. No debemos luchar contra los nuestros; en segundo lugar, los soldados del Señor; y en tercer lugar, el mandato del Rey: "Pelea las batallas del Señor".

I. Primero, *las batallas del Señor*, ¿qué son? Ni la ropa enrollada en sangre, ni el ruido, el humo y el estruendo de la matanza humana. Estas pueden ser las batallas del diablo, por favor, pero no del Señor. Pueden ser días de venganza de Dios, pero en su contienda el siervo de Jesús no puede mezclarse. Permanecemos a distancia. ¡Nuestro reino no es de este mundo, de lo contrario los siervos de Dios pelearían con espada y lanza! el nuestro es un reino espiritual y las armas de nuestra milicia no son carnales, sino espirituales y poderosas en Dios, para la destrucción de fortalezas.

¿Cuáles son las batallas de Dios? Distingamos aquí cuidadosamente entre las batallas de Dios y las nuestras. Oh, mis hermanos y hermanas en Cristo, no es asunto de ustedes pelear sus propias batallas, ni siquiera en defensa de su propio carácter. Si eres difamado y calumniado, ¡deja en paz al calumniador! su malignidad será incrementada por cualquier intento que hagas para defenderte. Como soldado de Cristo, debes luchar por tu Maestro, no por ti mismo. No debes llevar a cabo una guerra privada por tu propio honor, sino que debes dedicar todo tu tiempo y todo tu poder a Su defensa y Su guerra. Ustedes no deben tener una palabra para hablar por ustedes mismos. Con mucha frecuencia, cuando nos ponemos de mal humor y nuestra sangre se agita, somos propensos a pensar que estamos luchando por la causa de la verdad de Dios, cuando en realidad estamos manteniendo nuestro propio orgullo.

Imaginamos que estamos defendiendo a nuestro Maestro, pero nos estamos defendiendo a nosotros mismos. ¡Con demasiada frecuencia la ira se levanta contra un adversario, no porque sus palabras reflejen deshonra sobre el Cristo glorioso, sino porque nos deshonran a nosotros! ¡Oh, no seamos tan pequeños como para pelear nuestras propias batallas! Puede estar seguro de que el medio más noble de conquista para un cristiano en materia de calumnias y falsedades, es quedarse quieto y ver la salvación de Dios. ¡Envaina tu propia espada, guarda todas tus propias armas cuando vengas a pelear tu propia batalla y deja que Dios pelee por ti y serás más que vencedor!

Nuevamente, debemos recordar que existe tal cosa como pelear las batallas de nuestra propia secta, cuando deberíamos pelear las batallas de Dios. Imaginamos que estamos manteniendo la iglesia cuando solo estamos manteniendo nuestra sección de ella. Siempre sería muy sensible al honor del cuerpo cristiano al que pertenezco, pero preferiría ver manchado su honor a que se empañara la gloria de toda la iglesia. Todo soldado debe amar la peculiar legión en la que se ha alistado, pero es mejor ver los colores de esa legión hechos jirones, que ver el viejo estandarte de la cruz pisoteado en el fango. Ahora confío en que estamos listos para decir de nuestra propia denominación: "Perezca su nombre, si por ello el nombre de Cristo ha de obtener gloria".

Si la extinción de nuestra secta debe ser la conquista de Cristo y la promoción de Su reino, ¡entonces que sea borrada del libro de registro y que su nombre no se escuche más! Debemos, digo, cada uno de nosotros, defender el cuerpo al que pertenecemos, porque nos hemos unido concienzudamente a él, creyendo que es el más cercano a la antigua norma de la iglesia de Cristo, y Dios no permita que lo dejemos para peor. Si vemos algo mejor, entonces sacrificaríamos nuestros prejuicios a nuestras convicciones, pero no podemos dejar el antiguo estándar mientras veamos que es el mismo estándar que flotó en las manos de Pablo, y que él transmitió a través de muchas generaciones, a través de Crisóstomo hasta Agustín, desde Agustín hasta Calvino y así sucesivamente a través de la carrera gloriosa de hombres valientes que no se avergonzaron del evangelio de Cristo Jesús. Sin embargo, digo que nuestro nombre, nuestra secta y nuestra denominación sean absorbidos y hundidos, para que la batalla del Señor sea bien peleada y ¡el tiempo del triunfo de Cristo apresurado!

"Pelea las batallas del Señor". Entonces, ¿qué son estos? ¡Estas son batallas con el pecado y batallas con el error y batallas con la guerra y batallas con la mundanalidad! ¡Combate esto, cristiano, y tendrás bastante que hacer! Las batallas del Señor son ante todo con el pecado. Busca la gracia para pelear esa batalla en tu propio corazón. Esforzaos por la gracia divina en vencer aquellas propensiones que continuamente os empujan hacia la iniquidad. Luchad de rodillas contra vuestros pecados que os acosan.

A medida que aparecen los hábitos, esfuérzate por romperlos con el hacha de guerra de la firme resolución empuñada por el brazo de la fe. ¡Tomad todas vuestras lujurias, mientras

se agitan, al pie de la cruz y dejad que la sangre de Jesús caiga sobre esas víboras y morirán! La sangre de Cristo derramará la sangre del pecado; la muerte de Cristo será la muerte de la iniquidad; ¡la cruz de Cristo será la crucifixión de la transgresión! Trabajad para expulsar a los cananeos de vuestros corazones; ¡no escatimes ninguno! No dejes escapar la lujuria mezquina. Deja el orgullo y la pereza y la lujuria y la incredulidad y ahora tienes una batalla delante de ti que ¡puede llenar tus manos y más que llenarlas! ¡Oh, clama a Dios por fortaleza y mira hacia las colinas de donde viene tu ayuda y luego sigue luchando! Y a medida que se vence cada pecado, se rompe cada mal hábito, cada lujuria negada, continuar con el desarraigo de otro y la destrucción de más de ellos, hasta que todo sea subyugado, cuerpo alma y espíritu sean consagrados a Cristo como un sacrificio vivo, purificado por Su Espíritu Santo.

Y mientras se libra esta batalla, sí, y mientras se sigue peleando, salid a pelear con los pecados de otros hombres. Golpéalos primero con el arma del santo ejemplo. ¡Sean ustedes mismos lo que quisieran que otros sean! Sed limpios los que lleváis los vasos del Señor. Sed limpios antes de que podáis aspirar a ser los purificadores del mundo. Y luego, habiendo buscado primero la bendición de Dios, sal al mundo y da tu testimonio contra el pecado. Que tu testimonio sea inquebrantable. Nunca dejes que un pecado pase ante tus ojos sin repreensión. ¡Mata a todos los jóvenes y viejos, no dejes que ninguno escape! Habla a veces con severidad si el pecador está endurecido en su pecado. Hablad suavemente si es su primera ofensa, buscando no quebrantar su cabeza sino quebrar la cabeza de su iniquidad; no quebrar sus huesos ni herir sus sentimientos, sino cortar su pecado en dos y dejar su iniquidad muerta ante sus ojos. Vaya adelante donde el pecado es el más desenfrenado. Baja por el callejón oscuro; escalar la escalera que cruje; penetrad en los antros de iniquidad donde yace el león del abismo en su guarida de muerte, e id y sacad de la boca del león dos patas y un pedazo de oreja, si eso es todo lo que podéis salvar.

Considera siempre tu alegría seguir el rastro del león, enfrentarlo en su guarida y luchar contra él donde reina más seguro. ¡Protestad a diario, a cada hora, con hechos, con palabras, con la pluma, con la lengua, contra el mal de todo tipo y forma! Sed como una luz que arde y ¡resplandece en medio de las tinieblas y como espadas de dos filos en medio de las huestes del pecado! ¡Pues, un verdadero cristiano que vive cerca de Dios y está lleno de gracia y se mantiene santo, puede estar en medio de los pecadores y hacer maravillas! ¡Qué hazaña maravillosa fue la que hizo Jonás! Allí estaba la gran ciudad de Nínive, que tenía en ella seiscientas mil almas que no conocían su mano derecha de su mano izquierda y un hombre fue contra ella, Jonás, y cuando se acercó a ella, comenzó a gritar: "Todavía cuarenta días y Nínive será destruida". Entró en la ciudad, tal vez se quedó horrorizado por un momento ante la multitud de su población, ante su riqueza y esplendor, pero nuevamente elevó su voz aguda y estridente: "Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida". Siguió adelante y la multitud aumentaba a su alrededor a medida que pasaba por cada calle, pero no escuchaban nada más que la monotonía solemne: "De aquí a cuarenta días Nínive será destruida".

Y una vez más: "De aquí a cuarenta días, Nínive será destruida". Y siguió andando, aquel hombre solitario, hasta que causó convulsión en medio de miríadas, y el rey en su trono se vistió de cilicio y proclamó ayuno, ¡día de luto y tristeza! Sin embargo, prosiguió: "Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida". "Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida", hasta que todo el pueblo se inclinó ante él, ¡y ese hombre fue el conquistador de miles! ¡Ah, creyente, si tan solo salieras y hicieras lo mismo! Ojalá vayan a las calles, las callejuelas, los caminos apartados, las casas y a las intimidades de los hombres y aún así, con este clamor continuo contra el pecado y la iniquidad, les digan: "¡Miren la cruz y vivan! Mira la cruz y vive". Aunque solo hubiera un hombre serio en Londres que continuaría con esa monotonía de "Mira la cruz y vive", de un extremo a otro, ¡esta ciudad se estremecería y la gran metrópolis del leviatán se estremecería! ¡Adelante, pues, sé valiente y clama contra el pecado con todas tus fuerzas!

Y aun así debemos clamar contra el error. Es tarea del predicador, sábado tras sábado, y día de la semana tras día de la semana, predicar todo el evangelio de Dios y vindicar la verdad de Dios tal como es en Jesús de la oposición del hombre. Miles son las herejías que ahora acosan a la iglesia de Cristo. ¡Oh, hijos de Dios, peleen las batallas del Señor por la verdad de Dios! ¡Estoy asombrado y aún más asombrado cuando paso a darle la vuelta, por la falta de seriedad que hay en el protestantismo de la época actual! ¿Cómo te imaginas que el cardenal Wiseman pague todos sus esplendores y que la iglesia romana sea sostenida? ¡Necios y tardos de corazón, les encontráis gran parte de sus riquezas! Si ha de predicar en cualquier lugar, ¿quién es el que llena la capilla y paga la entrada? ¡Los protestantes! ¡Y el protestantismo de Inglaterra es el pagador del Papa! ¡Me avergüenzo de que los hijos de los reformadores que todavía tienen un campo Smith en medio de ellos sin construir se inclinen ante la bestia, y den ni un centavo al santuario del hijo primogénito de Satanás! ¡Mirad por vosotros mismos, protestantes, no sea que seáis partícipes de sus plagas! ¡No la toquéis, para no ser contaminados! Dadle una dracma, o un grano de incienso a sus censores, y seréis partícipes de sus adulterios y partícipes de sus plagas.

Cada vez que pases por la casa del papado, deja que una maldición caiga sobre su cabeza, así dijo el Señor. "Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas, porque ella los pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades. Recompénsala como ella te recompensó a ti y dale el doble según sus obras; en la copa que ella ha llenado, llénala al doble. Cómo tanto se ha glorificado y ha vivido deliciosamente, tanto tormento y dolor dale, porque dijo en su corazón: "Estoy sentada como reina y no soy viuda y no veré dolor. Por tanto, vendrán sus plagas en un día, muerte, llanto y hambre, y ella será quemada por completo con fuego, porque fuerte es el Señor Dios que la juzga" (Ap 18, 4-8). ¡Qué blandas se están volviendo las mentes de algunos hombres, qué afeminados en la batalla! Entonces escucho hablar de Puseyismo, ¿y qué es eso, sino que el Papado empeoró lo que era antes, al ser más despreciable y engañoso que incluso

el Papado mismo? ¿No oís hablar a los hombres Puseyitas en estos días que dicen: "Ah, bueno, difieren un poco de nosotros"?

¿No parece en este momento que el partido evangélico en la Iglesia de Inglaterra hace causa común y festeja con los puseyitas? De lo contrario, ¿cómo es que la gran predicación ha sido dirigida alternativamente por la Alta y la Baja Iglesia? Está todo muy bien con esa iglesia cuando es separada de sus hijos herejes y se fija un gran abismo, ¡pero todo lo que ayuda a salvar ese abismo debe estropear su gloria y destruir su poder! ¡No debemos tener tregua, ningún tratado con Roma! ¡Guerra! ¡Guerra a cuchillo con ella! ¡Paz no puede haber! Ella no puede tener paz con nosotros, no podemos tener paz con ella. Ella odia a la verdadera iglesia, ¡y sólo podemos decir que el odio es correspondido! No pondríamos una mano sobre sus sacerdotes. No tocaríamos ni un cabello de sus cabezas. Déjalos ser libres. ¡Pero su doctrina la destruiríamos de la faz de la tierra como la doctrina de Satanás! Así perezca, oh, Dios, y que esa cosa mala se vuelva como la grasa de los corderos. En humo, déjalo consumir, sí, en el humo ¡que se consuma!

Debemos pelear las batallas del Señor contra este gigantesco error, cualquiera que sea la forma que adopte. Y así debemos hacer con cada error que contamina la iglesia. ¡Mátalo por completo! ¡Que nadie escape! "Pelea las batallas del Señor". Aunque es un error que está en una iglesia evangélica, sin embargo, debemos golpearlo. Yo amo a todos los que aman al Señor Jesucristo, pero, sin embargo, no puedo tener ninguna tregua, ningún trato con tantos errores que se han infiltrado en la iglesia, ni quiero que los miréis con complacencia. Somos uno en Cristo, seamos amigos unos de otros. ¡Pero nunca seamos amigos de los errores de los demás! Si me equivoco, repréndeme severamente. Puedo soportarlo y soportarlo alegremente, y si te equivocas; esperad de mí la misma medida y ni paz ni negociación con vuestros errores. Seamos todos fieles unos a otros y fieles a Cristo. Y tan pronto como percibamos un error, aunque sea como la sombra de uno, ¡arranquémoslo de raíz y expulsémoslo de nosotros, no sea que infecte todo el cuerpo y ponga lepra en toda la estructura de la iglesia! ¡No hay paz con el pecado! ¡No hay paz con mentiras! ¡Guerra, guerra, guerra sin deliberación, guerra para siempre con el error y el engaño!

Y una vez más, es el deber del cristiano estar siempre en guerra con la guerra. Tener amargura en nuestros corazones contra cualquier hombre que vive para servir a Satanás. Debemos hablar con mucha dureza y severidad contra el error y contra el pecado, pero contra los hombres no tenemos una palabra que decir, aunque fuera el mismo Papa; no tengo enemistad en mi corazón contra él como hombre, sino como anticristo. Con los hombres el cristiano es uno. ¿No somos hermanos de todos los hombres? "Dios ha hecho de una sola carne a todos los pueblos que habitan sobre la faz de la tierra". ¡La causa de Cristo es la causa de la humanidad! Somos amigos de todos y enemigos de ninguno. No hablamos mal, ni siquiera del falso profeta mismo, como hombre, sino como un falso profeta: ¡somos sus

oponentes jurados!

Ahora, cristianos, ustedes tienen una batalla difícil de pelear porque como pelean con toda maldad y hostilidad entre hombre y hombre, sed pacificadores. Ve donde puedas, si ves una pelea, debes calmarla. Debes arrancar las teas del fuego y esforzarte por apagarlas en las aguas de la bondad amorosa. Es vuestra misión unir a las naciones y soldarlas en una sola, es tuyo el hacer que el hombre ame al hombre, para que nunca más sea el devorador de los de su especie. Esto sólo lo podéis hacer siendo amigos de la pureza. La paz con el error es la guerra con el hombre, pero la guerra con el error es la paz con el hombre. Golpea el error, golpea el pecado y habrás hecho todo lo posible para promover la felicidad y la unión entre la humanidad. ¡Oh, ve, cristiano, con la fuerza del Espíritu y golpea tu propia ira, haz que muera! Golpea tu propio orgullo, nivela eso y luego golpea la ira de todos los demás hombres. Haz la paz donde puedas, esparce la paz con ambas manos. ¡Que este sea el mismo aire que respiras! Que nada salga de tus labios sino palabras de curación; palabras de ternura; palabras que apaciguarán la lucha y el ruido de este pobre mundo distraído. Y ahora, tienes una batalla frente a ti, una batalla contra el pecado y contra el error y luego, también, una batalla contra la contienda: la batalla del amor.

II. Y ahora, *para los soldados del Señor*, ¿quiénes son los que pelearán la batalla del Señor? No todo el mundo. El Señor tiene Su ejército, Su iglesia, ¿quiénes son? Los soldados del Señor son todos de Su propia elección. Él los ha escogido del mundo. Y no son del mundo, como tampoco Cristo es del mundo. Pero si quieres conocer a los soldados del Señor, te diré cómo puedes comprobar si eres uno. Cuando el Señor Jesús recluta a un soldado en Su iglesia, lo primero que hace con él es decirle que primero debe quitarse todos los harapos de las viejas vestiduras que deseaba usar.

"Ahora", te dice Jesús, "tienes que dejar tus andrajos. Tus pecados y tu justicia propia deben ser ambos abandonados. Aquí está el uniforme, aquí está la vestidura interior de Mi justicia imputada y aquí está la vestidura exterior de la santificación divina. Ponte esto y eres Mío. Pero, en tu propia túnica, no tengo nada que ver contigo, seguirás siendo heredero de la ira y no te incluiré entre los herederos de la gracia". ¡Tan pronto como un hombre se quita los harapos, Cristo lo ha reclutado!

Lo siguiente que debe hacer es lavarse. Es lavado, de la cabeza a los pies, en un incomparable baño de sangre. Y cuando se lava, se viste y viste con la justicia de Jesucristo. Hecho esto, es llevado en medio del ejército y presentado a sus camaradas y es llevado a amar a todo el ejército. "Bueno", dice uno, "me encanta mi propio rango". ¿Tú? ¡Entonces no perteneces al ejército de Dios si no amas a los otros rangos también! El que es un verdadero soldado de Cristo viste sus uniformes y ama a todo el ejército. Mantiene su propio regimiento y le gusta su estandarte, la bandera que ha desafiado tantas veces la batalla y la tormenta. Aun así, ama a todo el ejército, por mucho que difieran los colores. Él ama a todos los que sirven

al Señor Jesucristo. "En esto también conoceréis si sois sus discípulos, si os amáis unos a otros, así como Cristo os ha amado".

Una vez llevado al ejército, hay una señal por la cual puedes conocer al soldado de Cristo, a saber, que no es suyo. Si lo conoces, te dirá: "De la cabeza a los pies le pertenezco a mi Capitán, cada centímetro de mí. Y lo que es más, he dejado bienes y muebles, esposa e hijos, tiempo y talentos, ¡todo por Él! No soy mío, he sido comprado por precio". Es un hombre consagrado. Venid, pues, haceos estas preguntas. ¿Ha sido lavado en la sangre de Cristo? ¿Te jactas de la justicia imputada de Cristo? ¿Y estás revestido con la santificación de Su Espíritu? ¿Has renunciado a todo por Su causa? Por el amor que llevas Su nombre, ¿estás dispuesto a vivir o a morir, como a Él le plazca, si puedes promover Su honor? Bien, entonces, eres Su soldado y, por lo tanto, no necesitaré trazar más líneas de distinción. Pero ve al tercer punto, que es:

III. La exhortación: "¡Lucha!" "Pelea las batallas del Señor". Si eres el soldado del Rey celestial, "¡A las armas! ¡A las armas!" "Pelea las batallas del Señor".

Aquí observaría que hay algunas personas a las que les gusta mucho mirar, ¡pero no pelear!

Quizás cinco de cada seis de nuestras iglesias no hacen más que mirar. Vas a verlos y dices: "Bueno, ¿qué está haciendo tu iglesia?" "Bueno, bendigamos a Dios; estamos haciendo mucho! Tenemos una escuela sabática con tantos niños. Nuestro ministro predica tantas veces y tantos miembros se han agregado a las iglesias. Los enfermos son visitados. Los pobres están aliviados". Y los detienes y dices: "Bueno, amigo, me alegra saber que estás haciendo tanto. Pero ¿qué trabajo es el que tomas? ¿Enseñas en la escuela sabática? "No". "¿Predicas en la calle?" "No". "¿Visitas a los enfermos?" "No". "¿Ayuda usted en la disciplina de la iglesia?" "No". "¿Contribuyes a los pobres?" "No". ¡Sin embargo, pensé que habías dicho que estabas haciendo tanto! Destáquese, señor, por favor, no está haciendo nada en absoluto, ¡debería avergonzarse! Vuestro Maestro no dice: "Mirad las batallas del Señor", sino, "¡Luchadlas!". "Ah", dice uno, "pero entonces, ya sabes, yo contribuyo al apoyo de los ministros, él tiene que hacer todas esas otras cosas".

¡Oh, veo que te has equivocado! ¡Usted pensó que pertenecía al gobierno inglés y no al gobierno de Cristo! Has estado pagando por un sustituto, ¿verdad? ¿No vas a pelear en persona? ¿Estás pagando para mantener un sustituto que luce por ti? ¡Ah, has cometido un gran error aquí! ¡Cristo hará luchar a todos sus soldados! Bueno, no estoy destinado a pelear por ti; me esforzaré por animarte y animarte para la batalla, pero en cuanto a cumplir con tu deber, no, gracias. El romanista puede creer que su sacerdote hace el trabajo por él. Yo no creo tal cosa en mi caso, ni en el caso de vuestros ministros. ¡Cristo no te sirvió por poder, y tú no puedes servirle por poder! No, "él mismo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo", ¡y tú debes trabajar para Cristo en tu propio cuerpo, tú mismo, con tu propio corazón y con tus propias manos! ¡Odio esa religión que otro hombre puede hacer por ti! ¡Confía en ello, no

sirve para nada! La verdadera religión es algo personal. ¡Oh soldados del Rey celestial, no dejéis que vuestros lugartenientes y vuestros oficiales luchen solos! ¡Ven con nosotros! Agitemos nuestras espadas al frente. ¡Vengan soldados, adelante! Estamos listos para montar la llamada, o liderar la esperanza perdida.

¿Nos abandonarás? ¡Sube la escalera con nosotros! ¡Mostrémosle al enemigo lo que puede hacer la sangre cristiana y, a punta de espada, llevemos a nuestros enemigos ante nosotros! Si nos dejas hacer todo, todo se deshará. Todos necesitamos hacer algo, todos para estar trabajando para Cristo. Aquí, entonces, está la exhortación a cada cristiano individual: "Pelea las batallas del Señor".

Y ahora, les leeré el código marcial, las reglas que Cristo, el Capitán, quiere que ustedes obedezcan al pelear Sus batallas.

Regla I. *¡no comunicación ni unión con el enemigo!* "Vosotros no sois del mundo". ¡Ninguna tregua, ninguna alianza, ningún tratado podéis hacer con los enemigos de Cristo! "Salid de en medio de ellos y apartaos, y no toquéis lo inmundo".

Regla II. *¡no hay que dar cuartel!* No debes decirle al mundo: "¡Allí! Créanme que soy mejor de lo que soy", y nunca crean que el mundo es mejor de lo que es. No le pidas que te disculpe. No lo disculpe. No negociar con él lo que sea. Si te alaba, no te preocupes por su alabanza. Si te desprecia, riéte en su cara. ¡No tengas nada que ver con su fingida amistad! No pidas nada de sus manos; sea crucificado para ti y tú para él.

Regla III. *¡los soldados de Emmanuel no deben utilizar armas o municiones tomadas del enemigo, sino que deben quemarse totalmente con fuego!* Si los golpeas y encuentras sus armas tiradas en el suelo, ¡agárralas y derrítelas! Nunca los dispares, es decir, nunca pelear las batallas de Cristo con las armas del diablo. Si tu enemigo se enoja, no te enojas con él. Si te calumnia, no lo calumnies. Una de las armas largas del diablo es la calumnia, insértala y derrítela, ¡no intentes usarla contra el enemigo! Toda clase de amargura, estas son teas de muerte que Satanás lanza contra nosotros, nunca se las devuelvas. Recuerda a tu Maestro. "Cuando fue maldecido, no volvió a maldecir". Nunca te entrometas con las armas del enemigo, incluso si puedes. Si crees que puedes aplastarlo con su propio modo de guerra, no lo hagas. Estaba muy bien que David le cortara la cabeza a Goliat con su propia espada, pero no le hubiera gustado intentarlo hasta que primero le hubiera abierto la cabeza con una piedra. ¡Trata de sacar una piedra del arroyo de la verdad y tírala con la honda de la fe, pero no tengas nada que ver con la espada de Goliat! Te cortarás con él y no obtendrás ningún honor.

Regla IV. *¡sin miedo, temblor ni cobardía!* "Los hijos de Efraín, estando armados, dieron la espalda el día de la batalla", pero Cristo no quiere que cobardes. ¡No temáis! Acordaos, si

alguno se avergonzare de Cristo en esta generación, de él se avergonzará Cristo en el día en que Él viene en la gloria de Su Padre y de todos Sus santos ángeles. "Os digo, no temáis a aquel que puede matar el cuerpo, pero después de eso no tiene más que hacer; más temed a aquel que puede arrojar el cuerpo y el alma al infierno. Yo os digo, temedle".

Regla V. *¡no dormirse, descansar, acomodarse, ni rendirse!* Esté siempre en ello, todo en ello, constantemente en ello, con todas sus fuerzas en ello. Sin descanso. Tu tiempo de descanso está por llegar, en la tumba. Estar siempre luchando contra el enemigo. Pida todos los días gracia para ganar una victoria y no duerma cada noche a menos que pueda sentir que ha hecho algo por la causa de Cristo, que ha ayudado a llevar el estandarte un poco más allá en medio de las filas del enemigo. Oh, si atendiésemos a estas regulaciones, ¡cuánto podría hacerse! Pero debido a que los olvidamos, la causa de Cristo se retrasa y la victoria está lejana.

Y ahora, antes de enviarte lejos, llamaría a los soldados de Cristo y los entrenaría por un minuto o dos. A veces veo a los capitanes haciendo marchar a sus soldados de un lado a otro y es posible que te rías y digas que no están haciendo nada. Pero nota, todas esas maniobras; que formando cuadrados y demás, tiene su efecto práctico cuando entran en el campo de batalla. Permítanme, entonces, poner al cristiano a través de sus posturas.

La primera postura que el cristiano debe tomar y en la cual debe ser muy bien practicado, es esta, *¡de ambas rodillas, las manos arriba y los ojos al cielo!* Ninguna postura como esa. Se llama la postura de la oración. Cuando la iglesia de Cristo ha sido golpeada en todos los sentidos, finalmente ha caído de rodillas, y entonces todo el ejército del enemigo ha huido ante nosotros, ¡porque de rodillas la iglesia de Cristo es más que vencedora! La legión que ora es una legión de héroes. El que entiende esta postura ha aprendido la primera parte del ejercicio celestial.

La siguiente postura es: *¡pies rápidos, manos estáticas y ojos hacia arriba!* Una postura dura que, aunque parece muy fácil. "Quédense quietos y vean la salvación de Dios". He conocido a muchos hombres que podían practicar la primera posición pero que no podían practicar la segunda. Quizás eso fue lo más difícil que hicieron los hijos de Israel. Cuando tuvieron el mar delante de ellos y Faraón detrás de ellos, se les ordenó que se detuvieran. Debes aprender a quedarte quieto cuando te provocan, a callar cuando se burlan de ti, a esperar bajo providencias adversas y todavía cree que en la hora más oscura el sol no está muerto, sino que brillará de nuevo. Esperando pacientemente la venida de Cristo, ¡que todos aprendamos esto!

Otra postura es esta: *¡marcha rápida, continuamente adelante!* Ah, hay algunos cristianos que están constantemente durmiendo en sus armas, no entienden la postura de seguir adelante. ¡Marcha rápida! ¡Muchos cristianos parecen ser más hábiles en el paso de ganso de

levantar un pie tras otro y ponerlos en el mismo lugar, en lugar de seguir adelante! Oh, desearía que todos supiéramos cómo progresar, para “crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

Nunca piense que está haciendo algo a menos que vaya hacia adelante, tenga más amor, más esperanza, más alegría y extienda su esfera de utilidad. ¡Soldados de Cristo, marcha rápida! “Di a los hijos de Israel que sigan adelante”. Que no vuelvan. Que no se queden quietos. Adelante, adelante, ¡soldados de Cristo! ¡avancen!

Otra postura es una que es muy difícil de aprender, de hecho. Creo que es lo que su capitán jamás le dijo a ningún soldado que hiciera, excepto al soldado de Cristo: ¡CIERRA LOS OJOS, CIERRA LOS OÍDOS Y CIERRA EL CORAZÓN! Ahí es cuando pasas por Vanity Fair. Ojos cerrados, para no mirar la tentación. Oídos cerrados, para no mirar ni las alabanzas ni las burlas del mundo. Y corazón cerrado contra el mal, con la gran piedra del precepto. “Tu Palabra he guardado en mi corazón, para no pecar contra Ti”. Rueda una piedra a la puerta de tu corazón para que el pecado no salga de él. Esa es una postura dura. Pero nunca pelearás las batallas del Señor hasta que sepas cómo mantener eso.

Y, luego hay otra postura: *pies firmes, espada en mano, ojos abiertos; mirando a tu enemigo, mirando cada amague que hace, y mirando también tu oportunidad de dejar lanzarte sobre él, ¡espada en mano!* Esa postura que debes mantener todos los días. Protégete de los dardos del enemigo. ¡Levanta tu escudo y prepárate para correr sobre él y darle una herida mortal! No necesito explicar eso. Usted que tiene que ver con los negocios, usted que está en el ministerio, ustedes que están sirviendo a Dios como diáconos y ancianos, ustedes saben cuán a menudo tienen que protegerse de los dardos y mirar bien a su enemigo y enfrentarse a él espada en mano, listos para precipitarse cuando llegue su momento. No dejes pasar ninguna oportunidad, ¡no dejes pasar ninguna ocasión! Hierre a tu enemigo siempre que puedas. ¡Mata el pecado, mata el error y destruye la amargura tan a menudo como tengas la oportunidad de hacerlo!

Hay otra postura, que es muy feliz de adoptar para el hijo de Dios y quiero que la recuerden hoy: *manos bien abiertas y corazón bien abierto cuando esté ayudando a sus hermanos.* una mano lista para dar lo que la iglesia necesite y un ojo listo para buscar ayuda cuando no puedas ayudar con tu mano, y listo para guiar la mano cuando se necesite ayuda. Y un corazón abierto para escuchar el relato de las necesidades de otros, para “gozarse con los que se gozan y llorar con los que lloran”.

Sobre todo, la mejor postura para la iglesia de Cristo es la de PACIENTE ESPERANDO LA VENIDA DE CRISTO, esperando Su aparición gloriosa, que debe venir y no tardará, ¡sino que obtendrá para Sí la victoria! Ahora, si van a sus casas y si la gracia divina los ayuda a pasar por esta forma de instrucción, serás poderoso en el día de la batalla para derrotar al enemigo.

Y ahora, permite la palabra de exhortación, muy breve, pero ardiente y ferviente. Oh hermanos y hermanas cristianos, cuanto más piensen en ello, más se avergonzarán de ustedes mismos y de la iglesia actual, ¡que hacemos tan poco por Cristo! Hace unos 1800 años había un puñado de hombres y mujeres en un aposento alto. ¡Y ese puñado de hombres y mujeres eran tan devotos de su Maestro, y tan leales a Su causa, que en cien años habían invadido todas las naciones del globo habitable! Sí, dentro de 50 años ¡Habían predicado el evangelio en todos los países! Y ahora miren a esta gran multitud reunida aquí hoy. Probablemente hay no menos de dos o tres mil miembros de iglesias cristianas, además de esta multitud mixta, y ahora, ¿qué harás dentro de 50 años? ¿Qué hace la iglesia en cualquier año de su existencia? ¡Por qué, casi nada en absoluto!

A veces me pregunto cuánto tiempo permitirá Dios que la iglesia esté encerrada en Inglaterra. Me temo que nunca veremos al mundo convertido hasta que este país sea invadido. Si alguna vez sucediera que nuestros hogares y nuestros hogares fueran invadidos y que fuéramos esparcidos por el norte, el sur, el este y el oeste, por todo el mundo, ¡será lo más grandioso que jamás le haya sucedido a la iglesia de Cristo! Me arrodillaría y rezaría noche y día para que no suceda por el bien de la nación. ¡Sin embargo, a veces pienso que el mayor desastre que jamás le pueda ocurrir a nuestra nación, será la única manera en que la iglesia de Cristo se extenderá! Míralo. Aquí tenéis vuestras iglesias en casi todas las calles y, a pesar de la indigencia de Londres, no es indigencia si la comparas con las naciones del mundo.

Oh, ¿no deberíamos, como ministros de Cristo, derramarnos en legiones? ¿Y no debería nuestro pueblo ir por todas partes en el mundo habitable, en uno, en dos y en tres, predicando el evangelio? pero ¿quiere que dejemos esposa, casa e hijos? ¡No quisiera que lo hicieras, pero si lo hicieras, entonces se vería el poder de Cristo y entonces el poder de la iglesia regresaría a él una vez más! Ellos eran hombres sin bolsa ni alforja que iban por todas partes predicando la Palabra, y Dios estaba con ellos y el mundo los escuchó y se convirtió. Ahora bien, no podemos ir si no somos enviados y tal vez, es razonable que la carne y la sangre no pidan más. Pero, aun así, si la vida de Dios estuviera en la iglesia, ¡nunca permanecería en Inglaterra por mucho tiempo! Enviaría sus bandas y legiones, rodando a lo largo de una tremenda corriente, se predicaría una nueva cruzada contra las naciones paganas, y la espada del Señor y de Gedeón heriría a los más valientes de nuestros enemigos, y Cristo reinaría, ¡y entonces vendría su reino pacífico! ¡Oh, que la iglesia tuviera poder con los hombres y poder con Dios!

Queridos hermanos y hermanas, ¡estén atentos y vean lo que pueden hacer, cada uno de ustedes! ¡Haz algo hoy! ¡No dejen pasar este domingo sin que cada uno de ustedes trate de ser el medio de ganar un alma para Dios! Vayan a sus escuelas dominicales esta tarde. Vayan a sus estaciones de predicación. Vaya a su distrito de distrito, cada uno en su esfera. Id con vuestras familias, vuestras madres, padres, hermanos, hermanas, ¡id a casa y haced algo hoy!

“Pelea las batallas del Señor”. No podéis hacer nada por vosotros mismos. Pero Dios estará contigo, si tienes la voluntad de servirle, ¡Él te dará el poder! Ve hoy y busca curar alguna brecha, para quitar alguna enemistad, ¡para matar algún pecado, o para expulsar algún error! ¡Y Dios estando contigo, este será un día más feliz para tu alma y un día más santo para el mundo de lo que has visto en toda tu experiencia anterior!

Me dirigiré una vez más a ti, y luego puedes irte. Pecador, recuerdo que tú estás aquí esta mañana al igual que el santo. Pecador, no eres soldado de Cristo. ¡Eres un soldado de Satanás! Tendrás tu paga pronto, hombre, cuando hayas gastado tu espada y hayas desgastado tu brazo peleando contra Cristo. Tendrás tu paga. ¡Míralo y tiembla! “La paga del pecado es muerte”, ¡y condenación también! Quieres tomar estas dos, ¿o renunciarás ahora al viejo tirano negro y te alistarás bajo el estandarte de Cristo?

¡Oh, que Dios te diera el dinero de arras de la gracia gratuita, y te alistara ahora como soldado de la cruz! Recuerda, Cristo toma la misma escoria para ser Sus soldados. Todo hombre endeudado y todo hombre descontento vino a David, y él se convirtió en capitán sobre ellos. Ahora, si usted está endeudado esta mañana con la ley de Dios y no puede pagar; si estáis descontentos con el servicio del diablo; hastiado y agotado de placer, ven a Cristo, y Él te recibirá, te hará un soldado de la cruz y un seguidor del Cordero. ¡Dios esté contigo y te bendiga, desde este día en adelante, y para siempre! Amén.